

En lo referente al estilo, esta novela es muy descuidada, o si se quiere, un tanto anacrónica, porque está escrita en un lenguaje ya en desuso en nuestro tiempo. Su autor cae de manera sostenida y continuada, en innumerables frases de mal gusto, sonoras y vacías. A menudo se acerca a la oratoria y hay páginas que en la tribuna popular serían aclamadas con entusiasmo, ya que es palmario que Salvador Martínez le comunica a lo que escribe una intensa pasión y no escasa valentía moral. Si esta obra en conjunto—supongamos—no merece un elogio por el resultado de su realización, por lo menos lo consigue abiertamente por la alta estatura de las condiciones de varón y ciudadano que manifiesta poseer su autor. Es una satisfacción poder reconocerlo en Salvador Martínez Rozas, donde la mayoría de los escritores del país carecen de tan honorables distintivos.—A. T.



PLUMA DE NIDAL LEJANO, por *María Cristina Menares*.—Soc. Imp. y Litografía Universo. Santiago, 1935.

Toda mujer que en Chile publica su primer libro halla siempre el elogio fácil y amable, como una obligación de galantería. Se la recibe triunfalmente, aunque no asome ni una promesa posible en su obra inicial.

No es el caso nuestro ante el primer libro de María Cristina Menares, Conocimos, cinco o seis años atrás, algunos de sus versos, y ya nos pareció ver, entre las ingenuidades de su canto balbuciente, que algo había en su corazón y en su cabeza. Un acierto de visión, un sentimiento original mal expresado, una inquietud de alma no común a sus años.

Este libro deja ver, con indudable claridad, que tenemos en ella un rico temperamento lírico, aunque no haya encontrado todavía su ruta cierta. Se la ve desorientada ante las nuevas modas literarias, y es a veces clara y emotiva y otras obscura y

cerebral. Pero a sus años no podría pedírsele tampoco la madurez completa del escritor fogueado.

Busca el adjetivo novedoso y sugerente, y suele tener caídas lamentables, como al hablar de la «ciudad caoba». Sabemos que la madera de caoba es resistente, y tiene un oscuro color de sangre. ¿Qué ha querido decirnos la poetisa? ¿La ciudad es para ella hostil y oscura, o ambas cosas a la vez? O quien sabe si para ella tenga ese «adjetivo» una recóndita sugerencia que no nos ha sido dado desentrañar.

Pequeña cosa es ésta, en todo caso que nada quita a sus condiciones de poeta. Inexperiencia que el tiempo se encargará de borrar, y que hemos querido señalarle con la mejor intención del mundo.

Para que la suspicacia de algún lector no suponga que en este breve comentario se repite también lo del elogio galante a toda mujer que se inicia en la literatura, queremos transcribir íntegro su «Poema de bienvenida»:

Has llegado hasta mí como canción lejana
que sin recodo viene consumiendo distancias.

Ritmo de mil silencios se traen tus palabras.
Brillo de muchas sendas te pierde la mirada.

Te has venido acercando con sigilo de nube
que anda buscando espacio para tornarse inmensa:

¡Yo no sé si mi alma tenga tanto infinito
ni si quepa en mis venas todo el mar de tus ansias!

Yo era ortiga salvaje castigando quimeras.
Soga martirizante para cada sonrisa.

Sólo por tu venida ya es mi piel de cristales.
Transparencia de gota que amanece en el gesto.

Yo era lámpara triste en letargo de espera,
claridad enlutada, porque tú eras ausencia.

Desde que a mí has llegado... ¡soy filo jubiloso
de guadaña insaciable que decapita estrellas!

Imágenes felices y originales, dominio de la forma y emoción verdadera tiene el poema que el lector ha leído. Y sería suficiente para salvar cualquiera obra.



ESPEJO DEL SUEÑO, por *Julio Barrenechea*.—Editorial Ercilla. Santiago, de Chile, 1935.

Desde el «Mitin de las mariposas», publicado en 1930, a este «Espejo del Sueño», va la distancia que media entre un canto balbuciente y una voz rítmica, segura y bien templada.

No nos parece que la poesía chilena haya tenido en los últimos años un poeta de mayor transparencia, de mayor finura emotiva que Julio Barrenechea. Habría que remontarse a Magallanes Moure, y escoger entre su obra ocho o diez poemas, para tener la sensación que nos da en casi toda su obra este nuevo gran poeta que afortunadamente asoma en nuestra lírica, sin bombos y sin discípulos.

Sencillez y elegancia en la expresión, sin afanes de trascendentalismos que dan siempre en la pedantería, Julio Barrenechea canta su visión y su emoción en verso clásico, de armonía perfecta, y queda, sin embargo, como un poeta de hoy, lo que no es